
LA GENERACIÓN DE 1898

1898: El fin del imperio colonial español

Guerra Hispano-estadounidense: Enfrentamiento bélico librado entre España y Estados Unidos en 1898 que concluyó con la emancipación de Cuba, Puerto Rico y Filipinas del dominio español.

Los orígenes del conflicto se encuentran en la lucha por la independencia cubana y en los intereses económicos que Estados Unidos tenía en la isla. La guerra de la Independencia de Cuba comenzó en 1895, al no haber emprendido España las reformas que prometió al pueblo cubano en la Paz de Zanjón (1878) que puso fin a la guerra de los Diez Años, la primera de las denominadas guerras de Cuba.

Las ambiciones económicas e imperialistas de Estados Unidos y su intento de controlar la ruta comercial del mar Caribe, así como la producción azucarera de la isla, veían con buenos ojos el fin de la presencia española en Cuba, lo que haría más factible su control de la isla y reafirmaría la Doctrina Monroe de rechazar cualquier presencia europea en América, expuesta por el presidente James Monroe en su comparecencia anual ante el Congreso de Estados Unidos el 2 de diciembre de 1823. La doctrina Monroe llegó a ser la base de la política aplicada por Estados Unidos respecto a Latinoamérica.

Las noticias de la independencia de la mayor parte del vasto imperio colonial español en Centroamérica y Suramérica fueron recibidas en España con relativa indiferencia a principios del S. XIX. Sin embargo, la pérdida de las últimas posesiones de este poderoso imperio de antaño (Cuba, Puerto Rico y Filipinas), tras una desigual confrontación naval con los Estados Unidos, tuvo un impacto duradero en la conciencia española, convirtiéndose en un momento definitorio en la historia y la cultura españolas del S. XX.

Ello generó, por ejemplo, el surgimiento de una generación entera de intelectuales que empezaron a preguntarse sobre la verdadera identidad, carácter y destino de su país.

La mala política colonial de España era patente. Los discursos de los políticos sonaban, sin embargo, a euforia imperial. La retórica del siglo XIX intentaba tapar la realidad que se avecinaba.

La guerra de Cuba fue el último acto de heroísmo imperial español. La pérdida de esta guerra dio motivo a los "regeneracionistas" y a los

intelectuales liberales para atacar la política reinante y para poner de manifiesto el “engaño político en que vivía España”.

El impacto del “desastre colonial del 98” fue grande. La derrota colonial no fue más que el punto de partida, que no la causa, para que un grupo de intelectuales impulsara un cambio de rumbo en la política nacional y en la mentalidad popular. La protesta contra la política oficial ya estaba ahí desde el movimiento regeneracionista que reclamaba una radical reforma socio-política a todos los niveles.

La sociedad de fin de siglo

La sociedad española de finales del siglo XIX y comienzos del XX estaba pasando una grave crisis. A finales del XIX, durante la Restauración, España vivía inmersa en una profunda depresión económica y social. El caciquismo viciaba toda la vida democrática. El país estaba regido por una administración ineficaz y corrupta. El Parlamento no representaba a la ciudadanía. Un desánimo general invadía a una nación que antaño había sido un gran imperio “en el que no se ponía el sol”.

La pérdida de las últimas colonias de ultramar (Cuba, Filipinas, Puerto Rico) en 1898 fue un hecho histórico gravemente traumático para los españoles de fin de siglo. El país ofrecía un perfil de absoluto inmovilismo propio de una sociedad agraria atrasada, reacia a cualquier innovación.

Esta situación de depresión propició el surgimiento de un pequeño grupo de la clase media que intentó presentar alternativas al estancamiento político y cultural del país proponiendo una “regeneración” nacional a nivel económico, político y social. Ante la desmoralización colectiva los “regeneracionistas” intentan levantar una sociedad en ruinas.

«José María Jover Zamora (“Historia de España” de Espasa Calpe, “El reinado de Alfonso XIII”) es prudente al preguntarse ¿cuándo termina el siglo XIX y comienza el siglo XX? Para Jover, la década decisiva, que transcurre entre 1895 y 1905, constituye la verdadera transición entre ambos siglos. Durante esa década, la Alemania de Guillermo II -retirado Bismarck-, que ya era una de las «grandes potencias europeas», pasa a convertirse en «gran potencia mundial». Y por vez primera entran en ese concepto dos potencias extraeuropeas: Estados Unidos, que desde 1894 figura en cabeza de la producción siderúrgica mundial -y esto significa poder naval-, y Japón, desde 1905, por su victoria sobre Rusia. Las potencias pasan de buscar el equilibrio mutuo a procurar el dominio personal de los mares. En esa década se alberga el año 1898, tan terrible para España, que pierde en Cuba, Puerto Rico y Filipinas los últimos jirones de su imperio, y representa para Jover el verdadero comienzo del reinado de Alfonso XIII. El cual periodo tampoco termina con la salida, en 1931, del Monarca del Palacio de Oriente, sino en 1936, al estallar la guerra civil, «cuya gestación transcurre al hilo de aquel reinado y sería inadmisibles encerrarla en el lustro de la II República». El reinado del último Alfonso abarcaría así cuatro años

antes de su mayoría de edad y cinco años después de su triste partida hacia el exilio.

Pero España no fue la única nación europea que padeció en torno al 98, y puede hablarse de los „noventa y ochos“ de varias naciones latinas: Portugal, en 1890, con el inesperado ultimátum que le dio Inglaterra, su aliada habitual, exigiendo la retirada de las fuerzas portuguesas en sus intentos de enlazar sus posesiones de Angola y Mozambique; Italia, con su derrota colonial de Adua, el 1 de marzo de 1896; Francia, humillada por los ingleses en Fachoda, en 1898: el general Marchand había tomado la ciudad del Sudán, en el curso superior del Nilo, y el general inglés Kitchener avanzó también sobre ella exigiendo la retirada de los franceses. El Gobierno galo, ante la situación crítica del país, dividido por el asunto Dreyfus, tuvo que ordenar finalmente la retirada y renunciar a todos sus intereses en el Sudán. Y por último, nuestro desastre del 98.

Enseguida se elevó la voz de Salisbury -que gobernó Inglaterra precisamente en la mayor parte de la década decisiva - hablando de las «naciones vivas» -las anglosajonas- y las «naciones moribundas» -las latinas-, las cuales serían poco a poco ocupadas por las primeras. No citaba nombres, pero no se dudó -aunque el propio Salisbury lo desmintiera- que también se refería a toda la península Ibérica.» [José Ortega Spottorno: “Los noventa y ochos”. En: *El País Digital*, 20.06.1996]

La generación del 98 y los “regeneracionistas”

Generación del 98, también llamada generación del desastre en alusión a la pérdida de las últimas colonias de ultramar por España.

El desastre de 1898 agudiza en los literatos de la generación del 98 y en los “regeneracionistas” la repulsa hacia el estado de cosas que lo había hecho posible y la exigencia de un cambio rotundo de la vida española. Pero mientras los “regeneracionistas” se limitaban a apuntar remedios de tipo social, jurídico y económico, los literatos de la generación del 98 representaban un amplio movimiento ideológico de renovación cultural y estética. Los hombres del 98 buscan la renovación espiritual de España, sin olvidar también lo importante que es la renovación social (todos hablan al principio de socialismo). Pero hay que notar que los hombres del 98, el grupo inicial, son en el fondo apolíticos, son primariamente literatos.

Muchos de sus representantes estaban ligados a la *Institución Libre de Enseñanza*, que dirigía Francisco Giner de los Ríos.

Caracterización de la generación del 98

La Generación del 98 estaba casi obsesivamente preocupada por lo que se llamó el “problema español”, y de esta manera redescubrieron la belleza del sobrio paisaje castellano y desarrollaron una considerable renovación estilística evitando la característica retórica del siglo XIX.

Fue Azorín quien en el 1913 acuñó el nombre de *Generación del 98* para el grupo de autores con tendencias ideológicas y estéticas semejantes:

Miguel de Unamuno y Jugo (1864-1936): ensayista y escritor, cultivó todos los géneros literarios.

José Martínez Ruiz (1873-1967), alias **Azorín**: ensayista, novelista, autor de teatro y crítico.

Ramiro de Maeztu (1875-1936): ensayista, crítico de la cultura e ideólogo.

Pío Baroja y Nessi (1872-1956): el novelista más importante de su generación.

Antonio Machado y Ruiz (1875-1939): prosista y poeta lírico más importante de la generación del 98.

La actitud espiritual de este grupo contrasta con la de la Restauración de 1876 y ofrece notables coincidencias con la actitud de Europa en estos años. Pasada la época de obsesión por la ciencia positivista y por las realidades concretas (realismo – naturalismo), surgió una inquietud por el misterio y se soñó con grandes ideales de tipo religioso, moral y patriótico.

Todos los autores del 98, nacidos en la periferia peninsular, contemplan la vida con “gravedad castellana” y ven en la frivolidad y en la oratoria vacía el peor defecto de la Restauración. “Les duele la triste realidad española” y, como nuevos románticos, reaccionan con amargo pesimismo ante el lamentable espectáculo que la patria les ofrece.

Idealismo, gravedad, sobriedad y agudo espíritu individualista les hace adoptar una postura lírica y subjetiva ante las cosas. Rechazan el ambiente y las ideas tradicionales y buscan un nuevo estilo e ideal de vida, una imagen de España puramente personal y más intimista, no dependiente de la grandeza exterior, como en tiempos imperiales. Esta postura intimista les llevará a crear grandes obras literarias, pero también a chocar con la realidad socio-política de su época.

La “España auténtica”, la “Intrahistoria”, el “alma de España”

Todos los autores del 98 muestran un entrañable amor a España; pero ninguno acepta su tradición ni la acepta, por de pronto al principio. Esto les lleva a buscar una “imagen de España no consagrada por los tópicos”. La auténtica alma de España no es, manifiesta, la de las grandes gestas e ideales de la época de los Austrias.

¿Dónde hallar, pues, la “España auténtica”? Escogen tres caminos para llegar a la esencia auténtica de España:

- El paisaje de Castilla como símbolo plástico.
- La historia interior de España, distinta a la España imperial.
- La literatura española auténtica.

El paisaje de Castilla como símbolo plástico del “alma auténtica de España”

Todos los escritores del 98 son oriundos de las provincias costeras de España; sin embargo, el paisaje de Castilla y su tradición espiritual les sirve para catalizar sus sentimientos frente a España. Para ellos es Castilla el núcleo de la España auténtica y su más alta expresión espiritual.

Los novelistas del XIX habían descrito el paisaje variado de las provincias españolas en sus estampas costumbristas. Vicente Blasco Ibáñez (1867-1928): Valencia; Armando Palacio Valdés (1853-1938): Asturias; Emilia Pardo Bazán (1852-1921): Galicia; José María de Pereda (1833-1906): Cantabria.

Frente a la descripción del tipismo regional costero de los escritores costumbristas y naturalistas del XIX, el 98 tomó el paisaje de Castilla como símbolo auténtico del alma española: Su austeridad y sobriedad, en otros tiempos inspiradora de la mística, es ahora para el 98 la imagen plástica del alma interior de la España que despierta de sus sueños imperiales y de su pasado "glorioso".

Pero la visión del paisaje de Castilla por parte de los escritores del 98 no es ni realista ni pintoresca, sino subjetivista, intimista e idealizada. Castilla con su paisaje es la proyección del alma del escritor. En el estilo los autores del 98 rechazan la grandilocuencia y la retórica de los políticos del XIX y optarán por un estilo sobrio y moderado, por eso escogen a Castilla con su paisaje como imagen o símbolo de esta nueva forma de mirar y sentir el mundo. El paisaje de Castilla será para el 98 "el alma de Castilla", Castilla es su paisaje. Y el alma de Castilla es el alma nuclear de España.

La tierra, el cielo, la infinitud de Dios y la de la llanura Castellana, la idea de Dios de los místicos españoles compone la imagen del paisaje en Azorín. Azorín siente la belleza de un paisaje que es espejo de la realidad espiritual e interior de la raza, de la literatura española: La analogía entre la grave prosa castellana y el recio macizo de los álamos.

Por su nacimiento y destino, los hombres del 98 vienen de la periferia costera española: Baroja, Maeztu y Unamuno eran vascos, Machado era andaluz de Sevilla, Azorín era de Alicante. Los auténticos cantores del paisaje de Castilla son auténticos descubridores del paisaje castellano como elemento lírico. Como dijo Azorín: "A Castilla la ha hecho la literatura".

La pintura del paisaje de Castilla en Baroja es impresionista: "Cielo ardiente como la plegaria de un místico", "aquellos paisajes recordaban los *Ejercicios espirituales* de San Ignacio de Loyola". El paisaje castellano como símbolo y expresión sucinta de la esencia de España o de su pasado: "Castilla miserable, ayer dominadora, envuelta en sus andrajos, desprecia cuanto ignora. ¿Pasó? Sobre sus campos aún el fantasma yerra de un pueblo que ponía a Dios sobre la guerra" (Antonio Machado).

La sensación del paisaje castellano cataliza en los hombres del 98 el sentimiento del pasado español y les hace interrogarse: ¿Qué somos en realidad, después de lo que hemos sido en apariencia? El paisaje castellano

cataliza así los tres elementos: La biografía del autor, su sentir el mundo exterior, su idea de la historia española y el ensueño de sacar a la luz la nueva España, la España real y futura.

La historia interior de España

Los *Episodios nacionales* de Benito Pérez Galdós (1843-1920) ya habían sido un intento de buscar la verdadera historia de España y su alma. Historia para el 98 no significa narración de las gestas pasadas y gloriosas de España, la historia exterior de España. Lo que les interesa es la *intrahistoria*, la historia realmente sentida por el pueblo y no la hecha por los políticos. La España gloriosa no es la España auténtica. Bajo aquella España clásica y "gloriosa" latía una realidad social que refleja muy bien la literatura picaresca del Siglo de Oro. El periodo glorioso de la historia exterior de España es una máscara de su realidad interior.

Los hombres del 98 irán a buscar la auténtica historia de España en la Edad Media, época en la que las auténticas y más genuinas tendencias del alma española no se habían corrompido aún. El filólogo e historiador Américo Castro (1885-1972), un "hijo del 98", dedicará toda su vida a la búsqueda de la realidad subyacente a la España moderna y la encuentra en el sustrato islámico-judío-cristiano y en la lucha entre las tres castas o religiones, con su mutua fructífera influencia (*La realidad histórica de España*, 1954).

La auténtica historia de España la encuentran los hombres del 98 en la sutil trama de la vida cotidiana. "No busquéis el espíritu de la historia y la raza en los monumentos y en los libros, lo que importa es el mundo desconocido de pequeños hechos" (Azorín). En esta nueva visión de la historia se hace notar la influencia del historicismo de primeros de siglo que rechaza la interpretación trascendental e idealista de la historia universal al estilo de Georg Wilhelm Friedrich Hegel (1770-1831).

La literatura española auténtica

La literatura, lo mismo que la historia, no es aceptada por los escritores del 98 en su totalidad. Sienten preferencia por los primeros escritores medievales: Gonzalo de Berceo (1198-1264), primer poeta castellano de nombre conocido, con su estilo sencillo y sus temas ingenuos; Juan Ruiz, llamado Arcipreste de Hita (1283-1350) con su erotismo; Jorge Manrique (1440-1479) y su lamento elegíaco. También descubren a los clásicos olvidados: Luis de Góngora y Argote (1561-1627) y Baltasar Gracián (1601-1658). Del siglo XVIII y XIX aceptan a autores como José Cadalso (1741-1782) y Mariano José de Larra (1809-1837), que dejaron brillantes retratos críticos de la vida y la sociedad española de su época y sintieron vivamente el "problema de España".

Más tarde, los hombres del 98 valorarán toda la tradición literaria española, pero atendiendo solamente a su contenido humano y a la obra eterna, prescindiendo de tópicos y prejuicios nacionales. Lo mismo ocurre en el terreno del arte, en el que admiran la espiritualidad de El Greco (1541-

1614) y la fuerte pintura negra española de José Gutiérrez Solana (1886-1945).

El estudio del paisaje de Castilla, de la historia interna y de la literatura más auténtica, proporciona a los autores del 98 un nuevo concepto del alma y de la vida de España. En este periodo de crisis de la identidad nacional, tras el desastre de 1898, buscan un nuevo sentido universal, buscan valores eternos e imperecederos, inmanentes al alma española. Buscan lo trascendente que el espíritu burgués y positivista del XIX había olvidado. En el fondo, todos estos autores muestran nuevas inquietudes metafísicas y morales.

La solución al "problema de España"

Al principio, la actitud política de los hombres del 98 es solamente un grito de rebeldía y de protesta contra la situación socio-política de su patria. La solución que se les ofrecía era la de los "regeneracionistas": reconstrucción interior del país, culturización y elevación del nivel socio-económico y europeización. Reorganización de la cultura, de la agricultura y de la vida social del país. Su interés principal radicaba en la superación de la etapa de "tibetanización" de España iniciada por Felipe II, que se había cerrado a Europa con la Contrarreforma, iniciando así el periodo nacional barroco: la España de la exageración y el desengaño.

Pero los hombres del 98 pronto dieron un cambio de rumbo: Tras una etapa de euforia europeísta, el conocimiento más profundo e íntimo de los valores nacionales auténticos les llevó a valorar mejor lo que antes despreciaban. La reorganización material de España y la europeización les parecieron enseguida remedios parciales para el mal nacional. Remedios parciales e inadecuados. Así comienzan a ver en el "espíritu europeo" el mal del materialismo y del racionalismo. Su espiritualismo, antimaterialismo y antirracionalismo los llevó a acentuar los valores espirituales patrios frente a los europeos. "Hay que iberizar a Europa", clamará Miguel de Unamuno.

Más tarde, la generación del 14, la generación de Ortega, llamada también "hijos del 98", una generación de universitarios y no autodidactas como la del 98, será consecuentemente europeísta. Ortega: "Hay que europeizar a España".

El afán principal del 98 será buscar los valores propios españoles, los valores auténticos, pervertidos o encubiertos por la "España oficial", los valores espirituales que distinguen a España de las demás naciones. Se busca la identidad escondida que no ha podido salir a la luz todavía. "Hay que buscar el sentido de la vida español, lo que el pueblo necesita es tener un sentimiento y un ideal propios acerca de la vida y su valor" (Miguel de Unamuno).

Muchas de las ideas del 98 y varias de las ideas políticas de Ortega y Gasset serán asumidas por el fundador de la Falange Española, José Antonio Primo de Rivera. Si se exceptúa a Pío Baroja, que fue toda vida consecuente con

sus ideas nietzscheanas de un vitalismo anarquista, todos los demás miembros del 98 evolucionaron o a una extrema derecha, como Ramiro de Maeztu, o a un conservadurismo tradicional, como Azorín. En el fondo, todos siguieron siendo apolíticos y su ideología mantuvo un carácter espiritualista e intimista.

El sueño y el ensueño

No podemos menos de ver en esta actitud de los hombres del 98 el tema y el talante del sueño-ensueño típicos de la España clásica (Calderón de la Barca: *La vida es sueño*). Este tema se repetirá en Miguel de Unamuno: "Somos un sueño de Dios, al que debemos adormecer con nuestros cantos, para que no despierte, pues así nos dejaría de soñar y dejaríamos de existir"). El tema lo encontramos también en Antonio Machado.

Contra el racionalismo positivista del XIX, proclama Miguel de Unamuno:

De razones vive el hombre y de sueños sobrevive.

El paisaje es sentido no de forma panteísta. El paisaje no se confunde con un ser viviente, como la selva sudamericana en la novela indigenista o la estepa rusa en la literatura rusa. No hay confusión del hombre con la gleba. El hombre del 98 interpone entre su pupila y el paisaje el ensueño. Un ensueño inventado y proyectado por un alma menesterosa y desengañada. La visión del paisaje es la pasión del paisaje.

Esta mi torre de Monterrey me habla de nuestro Renacimiento, del renacimiento español, de la españolidad eterna, hecha piedra de visión, y me dice que me diga español, y que afirma que, si la vida es sueño, el sueño es lo único que queda. (Miguel de Unamuno)

Influencias literarias e ideológicas en los hombres del 98

La primera influencia sobre el 98 fue la de toda la literatura pesimista y crítica de finales del XIX: Henrik Johan Ibsen (1828-1906), dramaturgo noruego reconocido como creador del drama moderno; el novelista ruso Fiódor Mijáilovich Dostoievski (1821-1881); el filósofo pesimista alemán Arthur Schopenhauer (1788-1860); el filósofo, poeta y filólogo alemán Friedrich Nietzsche (1844-1900); el filósofo existencialista y teólogo danés Søren Kierkegaard (1813-1855); el filósofo alemán Karl Christian Friedrich Krause, (1781-1832). A través de Krause y sus teorías, penetró la ética kantiana.

En el terreno religioso, tuvo mucha influencia la corriente modernista en teología y en filosofía. Un movimiento religioso de fines del siglo XIX y comienzos del XX que pretendió poner de acuerdo la doctrina cristiana con la filosofía y la ciencia de la época, y favoreció la interpretación subjetiva, simbólica e histórica de muchos contenidos religiosos. *La Vida de Jesús* (1863), del filólogo e historiador francés Ernest Renan, fue lectura de juventud de la mayoría de estos autores. Al lado del modernismo, estaba extendida la crítica bíblica de Harnack y la doctrina de la "muerte de Dios" de Nietzsche.

En política y en ética fue grande la influencia de la ética kantiana, mejor dicho, del socialismo immanente a los neokantianos y a los krausistas, así como el anarquismo.

Para cada uno de los autores principales del 98 se pueden dar autores europeos influyentes:

- Miguel de Unamuno > Pascal, Kierkegaard y la mística panteísta.
- Azorín > Montaigne y Flaubert.
- Pío Baroja > Dickens y Nietzsche.
- Antonio Machado > el vitalista francés Henri Bergson.

La influencia de la filosofía de Nietzsche en todos los autores del 98, sobre todo en sus tiempos jóvenes, los llevará a un subjetivismo elitario y anarquista que intenta subordinar las exigencias de la razón a la vida: Hemos vivido demasiado tiempo para grandes ideales vacíos, es hora de vivir para la vida”, este será el tema de nuestro tiempo, según Ortega y Gasset.

La obra del filósofo alemán Oswald Spengler (1880-1936) *La decadencia de Occidente* (1918-1922) con su pesimismo cultural era muy conocida en aquel tiempo. La generación de Ortega intentará superar este pesimismo cultural con un forzado optimismo europeizante.

Literariamente será *El Quijote* y los mitos españoles el tema central de los hombres del 98. Casi todos ellos han escrito comentarios al Quijote, nuevas interpretaciones del mismo o comentarios filosóficos: Unamuno, Azorín, Ortega.

Los hombres del 98 y la religión

Todos los autores del 98 estuvieron bajo la influencia de las ideas del krausismo y su concepción panteizante (“pan-en-teísmo”) de la religión, heredera del idealismo alemán.

La influencia de Arturo Schopenhauer y de Federico Nietzsche fue enorme. Azorín se manifiesta escéptico; Baroja, descarnado anticlerical; Antonio Machado rezaba a un Dios ibérico, desolado y terrible; Unamuno estuvo toda su vida atormentado por la contradicción entre razón y fe. Solamente Ramiro de Maeztu, que en su juventud se declaraba nihilista en el sentido nietzscheano, se convirtió al final en un católico tradicional.

El estilo literario y la técnica de los autores del 98

Rechazan el estilo prosaico y grandilocuente del XIX, así como la cultura de la Restauración (1875). En esto coinciden con los modernistas. Contra el estilo declamatorio, el 98 proclama la necesidad de una vuelta a la sencillez, a la sinceridad y a la frase viva y expresiva. En contraste con la uniformidad de la prosa anterior, cada autor del 98 presenta un estilo personal, fruto de su personalismo y su fuerte subjetivismo. Cada uno tiene un estilo diferenciado.

Aunque el estilo es marginal en los autores del 98, pues se caracterizan más bien por una temática común y una común preocupación:

Mi generación dio una entonación lírica y sentimental a cosas y hombres de España. (Azorín)

El modernismo literario y la generación del 98

La generación modernista nace paralela a la del 98. Al principio se llamó a todos los escritores principales del grupo "modernistas", hasta que Azorín comenzó a analizar la temática de un grupo que se distinguía por su preocupación temática más que por el afán de renovación del estilo. Así se dio al grupo más preocupado por la temática "Generación del 98" por su afán de buscar la nueva identidad española, una vez que España había dejado de ser una potencia colonial en 1898.

Al otro grupo se le dio el nombre de "modernistas" por su preocupación casi exclusiva por el estilo y por temas del pasado y no del futuro. Los hombres del 98 tenían una preocupación nacional, los modernistas se declaraban más bien cosmopolitas.

Los modernistas y los hombres del 98 tienen un afán común: la renovación literaria de España. Ambos grupos rechazan el prosaísmo del XIX. Todos empiezan a escribir influidos por los simbolistas franceses; pero los autores del 98 pronto se dan cuenta de que el lenguaje musical y sensual de los simbolistas está en contradicción con la temática y los problemas que preocupan al 98: el problema dramático de España, la actitud ética hacia este problema y el refinamiento espiritual.

Si la actitud modernista es estética, la de los hombres del 98 es ética. Aunque la renovación del estilo llevada a cabo por los modernistas dará sus frutos en la generación siguiente ("los hijos del 98" o generación del 14) y, más aun, en la de los "nietos del 98" (la generación del 27 o generación de Lorca).

LA GENERACIÓN DEL 1914

Novacentismo, Generación del 14 o Vanguardias

Estas son las denominaciones genéricas de una estética principalmente literaria que agrupa a un conjunto de autores en su mayoría ensayistas situados entre la Generación del 98 y la Generación del 27. El término *novacentismo* fue acuñado en catalán por Eugenio d'Ors como *noucentisme* que caracteriza a los autores y tendencias derivadas de la Renaixença y que pretendían poner la cultura catalana a nivel europeo. En literatura buscaban la belleza y la perfección formal, con el gusto por palabras arcaicas, referencias clásicas y ritmos armónicos.

En Cataluña el término *novacentismo* llegó a una mayor concreción bajo la figura de Eugenio d'Ors, cuya conferencia *Amiel en Vich* (1901) constituyó

un auténtico manifiesto contra la tradición romántica y los postulados del modernismo.

Novecentismo pasó a ser una denominación dada al conjunto de movimientos intelectuales, artísticos y literarios del primer tercio del siglo XX. En España se utiliza como referencia a escritores inmediatamente posteriores al modernismo y a la generación del 98, como José Ortega y Gasset, Gregorio Marañón, Gabriel Miró y Pérez de Ayala, para aludir a su distanciamiento de los esquemas en que se movía la generación anterior.

En 1914 (Primera Guerra Mundial), comenzó la generación del 98 a entrar en una nueva etapa de reflexión. La actividad crítica y cultural del filósofo, ensayista y crítico de la cultura José Ortega y Gasset (1883-1955) actuó de forma correctiva sobre el irracionalismo de muchos autores del 98.

Algunos llaman a esta generación la "generación de novecientos" (novecentistas); otros, la generación de los "hijos del 98" (aunque influyeron retrospectivamente en el 98); otros, "la segunda generación del siglo XX o la "generación del 14", así como la "generación de Ortega".

Se trata de un movimiento de renovación cultural, artística y literaria que se extendió aproximadamente desde 1906 a 1923.

La generación del 14

La denominación "generación del 14" fue propuesta por primera vez por el pedagogo institucionista Lorenzo Luzuriaga en la revista argentina *Realidad* (1947) a propósito de una reseña de las *Obras completas* de Ortega. El 1914 es el año de publicación del primer libro importante de Ortega, *Meditaciones del Quijote* y el año en el que pronunció su famosa conferencia *Vieja y nueva política*.

Esta generación estuvo marcada por un intento político reformador contrario a la Restauración monárquica de 1875. Ortega denuncia los usos y abusos de la política de la Restauración en nombre de una nueva política cuya tarea será alcanzar la europeización de España a partir de la "regeneración" nacional.

De la generación del 14 formaron parte:

- el filósofo José Ortega y Gasset (1883-1955),
- el pintor Pablo Ruiz Picasso (1881-1973),
- el médico y ensayista Gregorio Marañón (1887-1960),
- el político Manuel Azaña Díaz (1880-1940),
- el historiador y crítico literario Américo Castro (1885-1972),
- el poeta Juan Ramón Jiménez (1881-1958) y
- el novelista Ramón Pérez de Ayala (1888-1962).

Esta generación nació con un decidido empeño europeísta como forma de resolver el "problema de España" que tanto había preocupado a la generación anterior (del 98). Para la generación del 14, Europa significaba

regeneración cultural, educación y ciencia y lucha contra el irracionalismo o el anarquismo intelectual. Con el advenimiento de la Segunda República (1931-1936), la generación del 14 verá llegado el momento de realizar este proyecto común: europeísmo, republicanismo, ciencia y racionalidad.

Este era el proyecto de los hombres del 14. Contra el positivismo de la segunda mitad del siglo XIX y su pesimismo y escepticismo, Ortega proclama una concepción deportiva de la vida que supere el acre pesimismo del siglo anterior, que se caracterizó por el escepticismo y la renuncia a precisar verdades últimas, valores definitivos, contentándose con vagas aproximaciones: "¡Buen siglo XIX, nuestro padre! ¡Siglo triste, agrio, incómodo! ¡Frígida edad de vidrio que ha divinizado las retortas de la química industrial y las urnas electorales! Kant o Stuart Mill, Hegel o Comte, todos los hombres representativos de ese clima moral bajo cero, se han olvidado de que la felicidad es una dimensión de la cultura" (Ortega: "Ideas sobre Pío Baroja", en OC, 1963, vol. II, p. 89).

Durante la Segunda Guerra Mundial (1914-1918), la generación del 14 tomó partido por los aliados frente a la posición neutras del Gobierno, por lo que fue caracterizada "liberal" por los filo-germánicos, llamados "tradicionalistas".

La generación del 14 y los hombres del 98

«Modernismo y 98, sin extinguirse, dejan paso, hacia 1910, a un movimiento de renovación literaria que inspira a quienes alrededor de ese año inician su período de plenitud. Estos sucesores recoger el afán de belleza de los modernistas y la preocupación crítica de los hombres del 98, pero reaccionan contra la sensibilidad impresionista y la acumulación cultural de los primeros y contra las inclinaciones anarquizantes y el pesimismo de los últimos. Deben tanto a sus predecesores y comienzan a trabajar tan conforme y casi simultáneamente con ellos, que todavía hay quienes, siguiendo un error de perspectiva, incluyen entre los miembros de la generación de 1898 a Ortega, Juan Ramón Jiménez, Pérez de Ayala o Gabriel Miró. Hoy puede verse con claridad que éstos, aun cuando comenzaran a escribir muy a principios del siglo, adquieren sólo actualidad culminante y trascendencia orientadora después de 1910.

Si las personalidades europeas que fecundaron a modernistas y noventiochistas fueron principalmente Zola, Tolstoy, Ibsen, Nietzsche y Verlaine, sólo el influjo de estos dos últimos pervive y pasa a la generación nueva; la cual ahora busca estímulo en personalidades diferentes: Bergson, Dilthey, Sorel, Freud, los vanguardistas internacionales. Aquí sólo importará poner en claro hasta qué punto Nietzsche sigue promoviendo la atención de los lectores, el comentario de los críticos y la reacción, positiva o negativa, de pensadores, literatos y poetas. [...]

El hecho histórico que imprime carácter a esos hombres que desean ser, aún más que españoles, europeos y universales por expresa voluntad, no es desde luego el desastre de 1898, ya lejano, ni tampoco la instauración

de la Dictadura, que les coge consagrados, ni la República, a la que pocos se adhieren con entusiasmo constructivo. El hecho es la primer Guerra Mundial con todo lo que ella significa: duelo entre el mundo germano y el mundo anglosajón con Francia como tercero en la confrontación, y ello contemplado desde una España recientemente fertilizada por influjos de esos tres orbes culturales: recrudescimiento del vitalismo y la teoría y revisión de los valores "a la luz de la guerra"; estallido de las nuevas estéticas de Vanguardia (sólo imágenes bélicas pueden parafrasear el intento de vuelvo y ruptura que entonces se apodera de los artistas); tensión máxima entre las mayorías (proletariado, masa) y las minorías (aristocracia, intelectuales); urgencia de superar "la decadencia de Occidente" [Oswald Spengler] y salvar, a ser posible, las nacionalidades, etc. [...]

A esta generación la llamaron algunos "novecentista", marbete que resulta demasiado corto (si se piensa en la acepción d'orsiana del "novecentismo") o demasiado vago (si se piensa en el 900, en el siglo). Otros califican a los componentes de ella como "epígonos del 98". [...] Sin embargo, este nombre en apariencia insignificativo: *generación de 1914*, señala dos datos precisos: primero, que antes de esa fecha ninguno de sus miembros ha llegado al centro de su plenitud; segundo, que llegan a él en el ambiente de la guerra mundial, despiertos a lo que en Europa está ocurriendo, ligados necesariamente al crucial momento de controversia internacional. Y esta nota de abertura a Europa caracteriza muy bien a la nueva generación. La de 1898 había iniciado el propósito de europeización, pero pronto se dio a una labor de autoanálisis y reconocimiento de la peculiaridad española. Esta absorción en la esencia española retrajo a la generación de 1898 de su empresa europeizadora y la llevó a adentrarse en el espíritu de su mismo pueblo: a través del tiempo, en busca de los clásicos vivos, y a través del espacio, en busca de la casta castellana. La generación de 1914, sin dejar del todo esas vías introspectivas, se ve necesariamente ligada a Europa y al movimiento del espíritu internacional, no sólo porque salga a buscar fuera la posible redención, sino porque encuentra de repente puesto en crisis el valor de Europa, en aquella guerra.

En una conferencia dada en Madrid en 1926 caracterizaba Pío Baroja la generación siguiente a la suya, enunciando, como rasgos constitutivos de su espíritu, éstos: orientación práctica y animosa alegría, indiferencia política, contemplación de España sin exageraciones pesimistas ni optimistas, aversión al desorden bohemio y al individualismo a ultranza, afición al deporte y a la mecánica, tendencia a encontrar un punto de convergencia o de diálogo entre el mundo burgués y el obrero. [...]

Podemos hallar que la diferencia esencial consiste en que la generación de 1898 postergaba los servicios de la razón a los de la historia, la vida, la acción, la evolución, la tradición, en tanto que la de 1914 procura contener el impulso irracional mediante el correctivo del intelecto, de la razón impura

o razón vital. El raciovitalismo de Ortega, bajo cuyo signo la generación queda puesta, apunta ya en *Meditaciones del Quijote* (1914).

La generación de 1914 se aleja de los procedimientos impresionistas: novela de acción (Baroja) y pasión (Unamuno), estética modernista, costumbrismo escénico. Sigue a su predecesora en la repulsa del parlamentarismo, la democracia y el socialismo, y prefiere la admonición a la patria (e incluso su "castigo" teórico) a una compenetración piadosa o cruel con sus desgracias. Los nuevos escritores no son supersticiosos del esteticismo ni moralistas. Son razonadores, glosadores del panorama vital, tanteadores de rutas, experimentadores, ensayistas; o narradores propensos a la ideación, el poema y el mito; o poetas absolutos; o juglares de todas las cosas. Ya no es el binomio inspirador "Historia-Vida", como para sus padres, sino "Vida-Razón".» [Gonzalo Sobejano: *Nietzsche en España*. Madrid: Gredos, 1967, p. 489-494]

Si la generación del 98 fue autodidacta, fue la generación de Ortega una generación de profesores universitarios, una generación realmente e intelectuales.

Se caracteriza por la superación del modernismo al abandonar la pompa decorativa. Aunque buscan el refinamiento y la exquisitez de estilo, la perfección de la "obra bien hecha".

La generación de Ortega toma del modernismo el estilo y de la generación del 98 los temas nacionales y la preocupación por España. En lo tocante al problema de España, la generación de Ortega es más cosmopolita: defiende la necesidad de abrir España a Europa (europeización de España). Esta generación adopta una postura ante España menos dramática y casticista que la adoptada por los hombres del 98.

La actividad de este grupo de autores trae un cambio de rumbo respecto al tema del 98 y al modernismo del que parten. Esta generación es un paso hacia el "arte de vanguardia" que comenzará después de la Primera Guerra Mundial. Aunque esta generación no tiene unas líneas tan definidas en cuanto a su temática como la del 98 y predomina en ella la prosa ensayística, se distingue por algunos rasgos singulares:

- Esfuerzo por superar el espíritu pesimista y negativista del 98.
- Evita la actitud dramatizante frente al problema nacional ("me duele España").
- Practica un intelectualismo sereno y europeísta.
- En cuanto al estilo, abandona el decorativismo del modernismo.
- Mayor precisión en las ideas y menos subjetivismo emotivo.

La creación de la generación del 14 fue el ensayismo filosófico. Si el pintor del 98 fue Zuluaga, el pintor de la generación del 14 será Pablo Picasso. La pintura de Picasso es la expresión de las teorías estéticas de Ortega sobre la "deshumanización del arte".

Temática común al 98 y a la generación del 14 (“hijos del 98”)

Tanto los autores de la primera promoción del 98 (Ganivet, Unamuno, Azorín, Baroja, Maeztu y Machado), como la promoción posterior (la generación de Ortega), tuvieron una temática común respecto al problema de la identidad española, dentro de sus diferencias estilísticas e ideológicas. España les preocupa, España es un problema (“España como problema”). Castilla es el símbolo plástico de la esencia de la “España auténtica”.

“España está por descubrir” (Miguel de Unamuno). “Habiendo negado una España nos encontramos en el paso honroso de encontrar otra, esta empresa de honor no nos deja vivir” (Ortega y Gasset). “En el interior de España habita la verdad” (Ángel Ganivet). “El porvenir de la sociedad española espera en la intra-historia, en el pueblo desconocido” (Miguel de Unamuno). “¿Dios mío, qué es España... En la anchura del orbe, en medio de las razas innumerables, perdida en el ayer ilimitado y en el mañana sin fin, bajo la frialdad inmensa del universo, ¿qué es esta España, este promontorio espiritual de Europa, esta como proa del alma continental de Europa?” (Ortega y Gasset).

La pregunta sobre España, sobre el problema de la identidad española, sobre de dónde venimos, de nuestro pasado auténtico, etc. incitará a los mejores historiadores de la promoción de Ortega (una promoción con formación universitaria) a re-pensar la historia de España. Así escribirá más tarde el filólogo, historiador y erudito Américo Castro (1885-1972) su famosa obra *La realidad histórica de España* (1948), donde descubrirá la fuente de la permanente crisis de identidad española: El español moderno es el producto sociológico de la ambivalente lucha-asimilación de tres castas que convivieron durante ocho siglos: judíos, moros y cristianos.

Los caballeros andantes del 98 parte en busca de la España-Dulcinea, de la España ideal y rechazan la España-Aldonza, la España material y externa, la España oficial de las formas y apariencias triunfalistas en política, la España del patriotismo convencional cómo, la España del “patrioterismo”. Con actitud ascética quieren ahondar en la España interior, por debajo de las apariencias oficiales. Miguel de Unamuno lanza el grito de “Adentro”: La verdadera historia de España está en los millones de seres humildes que pueblan los pueblecitos de España y están ajenos a las grandes gestas nacionales oficiales de la España “gloriosa e imperial”.

Los hombres del 98 y de las promociones posteriores se afanan en limpiar la historia de España de las falsas interpretaciones. El introspectivismo y la forma ascética con que persiguen este ideal confiere a los autores del 98 un cierto carácter, una forma de sentir y vivir típicos de la sensibilidad religiosa. Viven como ascetas y místicos de una humanidad española (Ramiro de Maeztu hablará más tarde de la “Hispanidad”). No les preocupa la grandeza material de España, sino la espiritual. La tradición eterna española como elemento universal.

LA GENERACIÓN DEL 27

Se da el nombre de Generación del 27 a un grupo de escritores cuya obra, preferentemente lírica, cuaja hacia 1927, en que se celebra el tricentenario de la muerte del poeta español, cima de la elegancia de la poesía barroca y modelo de poetas posteriores, Luis de Góngora y Argote (1561-1627).

Los jóvenes poetas decidieron celebrar el tercer centenario de la muerte de Góngora, tanto por admiración hacia el poeta barroco, como por oponerse a la crítica poética de la época, personificada principalmente en el conservador y tradicionalista Marcelino Menéndez y Pelayo, cuyos estudios sobre el poeta cordobés habían marcado una línea en la que se insistía en la pérdida del norte poético, e incluso mental, por parte de Góngora.

También se suele llamar a este grupo Generación de Lorca, por ser el poeta más conocido de esta generación. Otros hablan de "los nietos del 98", tercera generación después del 98 y de la generación del 14.

Algunos autores, como el propio Luis Cernuda, prefiere para este grupo el nombre de "Generación de 1925", por representar dicho año un término medio entre la aparición de los primeros libros de los distintos autores (del *Libro de poemas* de García Lorca -1921- a *Cántico* de Guillén -1928-).

Pero la mayoría coincide en hablar de la Generación del 27, ya que en este año se celebró el 300 aniversario de la muerte del poeta Góngora, y este aniversario fue como el punto de partida del credo político de este grupo de poetas. La designación de "generación de la dictadura", en alusión a la dictadura del general Primo de Rivera (1923-1930) durante el reinado de Alfonso XIII, no es correcta, ya que en el fondo no se trata de una generación politizada.

En 1927, al cumplirse el tricentenario de la muerte de Luis de Góngora, Gerardo Diego y Rafael Alberti convocan el acto conmemorativo. Estuvieron presentes Salvador Dalí y José María Hinojosa, en sustitución de Dámaso Alonso, entre otros. Así nació la generación del 27, en la que coexisten diversas tendencias, desde los que recuperan los hallazgos más interesantes del ultraísmo y del surrealismo hasta los que crean una poesía más pura (dado el influjo de Góngora y ciertos principios de Juan Ramón Jiménez) o buscan un contacto con la lírica tradicional y popular.

Los dos grandes mentores de la Generación del 27 fueron el poeta Juan Ramón Jiménez, tan admirado en lo poético como criticado, e incluso despreciado, en lo personal, y el filósofo José Ortega y Gasset que influiría en los poetas con obras como *La Deshumanización del Arte*, ensayo que será libro de cabecera de toda la vanguardia española. Algunos de los autores del 27 publicarán en la *Revista de Occidente*, de la que Ortega era director.

Hay que señalar las simpatías de estos autores por Antonio Machado y Miguel de Unamuno, a pesar del poco influjo que en ellos tendrá su poesía. Asimismo, es de señalar la influencia del magisterio de Giner de los Ríos.

En cierta medida como oposición al hispanismo algo cerrado de los autores del 98, los jóvenes del 27 son cosmopolitas: viajan como lectores a universidades extranjeras (Salinas y Guillén a París, Dámaso a diversos puntos de Alemania, Inglaterra y Estados Unidos, Gerardo Diego a Francia, Prados a Suiza, etc.).

Esta generación la forman prácticamente un grupo de poetas, es una generación principalmente lírica. El lazo de unión entre el modernismo y estas nuevas tendencias lo forma Juan Ramón Jiménez (1881-1958), que evolucionó del modernismo hacia otras formas de poesía más cercanas al credo poético de la Generación del 27.

No forman los autores de esta generación un grupo compacto con una ideología propia, como los hombres del 98. Su tema es la renovación de la lírica. Aunque muchos de ellos, los que sobrevivieron a la Guerra Civil (1936-1939), se marcharon al exilio o se afiliaron a ideología políticas, los años anteriores a la guerra los tuvo unidos a todos en un afán de renovación poética.

Influyeron mucho al principio de este movimiento las reflexiones sobre el hecho artístico y la teoría de la "Deshumanización del arte" diagnosticada por José Ortega y Gasset en 1925. Ortega analizó las tendencias literarias y artísticas de después de la Primera Guerra Mundial (1914-1918) y las caracterizó como arte deshumanizado. Ortega aporta con *La deshumanización del arte* (1925) una visión crítica y en cierto modo descriptiva de la estética del 27. Ortega diagnostica en estas tendencias estéticas la búsqueda de una estilización deformadora y una huida de las formas vivas de la realidad; un antipopularismo y una tendencia a ser arte de minorías, de aristocracia; una visión del quehacer estético como un juego sin transcendencia.

La Generación del 27 se caracteriza al comienzo por su intento de buscar el arte por el arte, el arte deshumanizado, quizá por oposición a espíritu de la Generación del 98. La palabra clave es *asepsis* o *asepsia* (del griego *a-*, que significa negación, y *septós* 'podrido': ausencia de materia productora de descomposición o de gérmenes que pueden producir infecciones o enfermedades). Muestra esta generación, en un principio, cierta intención de seguir las tendencias modernistas, o más bien vanguardistas, pero la temática nacional de la Generación del 98 se irá infiltrando cada vez más.

Toda esta generación bebe de las nuevas tendencias europeas, sobre todo del **ultraísmo**: movimiento poético de vanguardia surgido de las tertulias que iniciara Rafael Cansinos-Assens en el Café Colonial de Madrid a finales de 1918 como reacción contra el amaneramiento de los seguidores del modernismo de Rubén Darío y que durante algunos años agrupó a los

poetas españoles e hispanoamericanos que coincidían en sentir la urgencia de una renovación radical del espíritu y la técnica.

Si el pintor expresionista español José Gutiérrez Solana (1886-1945) es el representante de la Generación del 98, Pablo Picasso (1881-1973) lo fue de la Generación del 27. Sin olvidar que, si Picasso representa el arte abstracto, también fue el pintor de Guernica. Cosa parecida tenemos con la evolución de la Generación del 27.

Esta generación toma a Juan Ramón Jiménez (1881-1958) no como maestro, pero sí como ejemplo digno de interés. El 300 aniversario de la muerte de Luis de Góngora celebró a este poeta barroco como el artista de la forma y el descubridor de la metáfora brillante. Góngora influirá mucho en el grupo del 27, cuyos representantes fueron dejando el verso libre y volviendo a la forma de estrofas, como es el caso de Alberti y Guillén.

A partir de 1930, se nota un cambio de dirección en esta orientación neomodernista: un apartamiento progresivo de la dirección deshumanizada y una búsqueda del calor humano en la poesía. A partir de esta fecha, cada poeta sigue sus sentimientos personales, lo que da la impresión de que cada poeta sigue un camino estético distinto, por eso es muy difícil agrupar a esta generación bajo una misma temática.

La mayoría de los representantes de esta generación, comprometidos con la II República (1930-1936), tuvieron que escoger el exilio al sobrevenir la Guerra Civil (1936-1939), otros, como Lorca, fueron víctimas de la contienda fratricida.

Paralelos a la Generación del 98, los movimientos vanguardistas buscaban restablecer lo auténticamente lírico y salvar la poesía: el **ultraísmo**, el **dadaísmo**, el **cubismo** y el **futurismo**.

EL ULTRAÍSMO

El ultraísmo nace en el 1919 y muere prácticamente ya cuatro años más tarde. Desde 1915, el movimiento modernista quedó liquidado. Juan Ramón Jiménez y algunos poetas menores intentan buscar nuevos caminos que fueran "más allá" (en latín "ultra") del modernismo. La terminación de la Primera Guerra Mundial aceleró el proceso. El impacto de la guerra del 14 dio lugar en Europa a un intento de ruptura con la cultura que parecía agotada y al nacimiento de una serie de grupos llamados de "vanguardia" (del antiguo *avanguardia*, y este de *aván*, por *avante* = 'adelante', y *guardia*: avanzada de un grupo o movimiento ideológico, político, literario, artístico).

El común denominador de la vanguardia fue:

Afán revolucionario por acabar con la tradición, creando un arte completamente inédito. Característica de este nuevo arte sería la completa y absoluta libertad en el terreno de la forma y –paradójicamente a las circunstancias históricas del momento– un despreocupado optimismo.

El primer brote en España de este movimiento subversivo fue el **ultraísmo**, cuyo programa vino a reducirse a lo siguiente:

Abandono de lo decorativo modernista y del elemento anecdótico musical y emotivo. Instauración de una poesía esencialmente metafórica, de ahí la rehabilitación del poeta barroco español Luis de Góngora y Argote (1561-1627). La inspiración hay que buscarla en los temas más dinámicos y deportivos del mundo moderno.

Guillermo de la Torre define así este movimiento:

“El ultraísmo busca la reintegración de lo lírico y la rehabilitación de la poesía. Usa los elementos puros e imperecederos: La imagen y la metáfora, y rechaza todos los elementos extraños: acción, motivos narrativos y retórica”.

Desaparece la rima y queda solamente el ritmo. Desaparecen las conexiones lógicas. Aparecen los valores visuales y el relieve plástico, en vez de la musicalidad y la retórica. En cuanto a los temas, el ultraísmo quiere introducir en la poesía temas hasta ahora no tenidos por literarios: las máquinas, la electricidad, el automóvil.

Obras representativas del ultraísmo:

Hélices (1924) de Guillermo de la Torre y las dos obras

Imágenes (1922) y

Manual de espumas (1924) de Gerardo Diego.

El ultraísmo tiene cierta semejanza con el **futurismo** italiano. Su valor radica en haber sido precursor.

El ultraísmo duró poco –de 1919 a 1923– y no consiguió dejar nada decisivo, pero fue un revulsivo que hizo posible la poesía de los años siguientes.

EL CREACIONISMO

Fue una corriente surgida al lado del ultraísmo. Su portavoz fue el chileno Vicente Huidobro Fernández (1893-1948), escritor vanguardista chileno, defensor entusiasta de la experimentación artística durante el periodo de entreguerras.

El manifiesto del creacionismo: Nada de acción ni de descripción. El sentimiento tiene que salir solamente de la fuerza creadora. Hay que hacer una poesía como la naturaleza hace un árbol. El poeta crea un mundo fuera del existente, un mundo que no existe, pero debería existir. Por ejemplo, si el poeta dice “el pájaro que anida en el arco iris”, presenta el poeta un fenómeno que no existe, que nadie ha visto, pero que todos desearían ver. “En vez de cantar la rosa, hazla florecer en el poema” (Huidobro).

EL DADAÍSMO

Dada es una palabra francesa que significa 'caballito de juguete' y fue elegida por el poeta y editor rumano Tristan Tzara al abrir al azar un diccionario en una de las reuniones que el grupo celebraba en el cabaret Voltaire de Zúrich.

Dadá o Dadaísmo fue un movimiento vanguardista literario y artístico surgido en 1916, durante la Primera Guerra Mundial, caracterizado por su negación de los cánones estéticos establecidos, y que abrió camino a formas de expresión de la irracionalidad. Abarca todos los géneros artísticos y es la expresión de una protesta nihilista contra la totalidad de los aspectos de la cultura occidental, en especial contra el militarismo existente durante la I Guerra Mundial e inmediatamente después.

Aunque los dadaístas utilizaron técnicas revolucionarias, sus ideas contra las normas se basaban en una profunda creencia, derivada de la tradición romántica, en la bondad intrínseca de la humanidad cuando no ha sido corrompida por la sociedad.

Como movimiento, el Dadá decayó en la década de 1920 y algunos de sus miembros se convirtieron en figuras destacadas de otros movimientos artísticos modernos, especialmente del surrealismo. En París inspiraría más tarde el surrealismo. En 1922 el grupo de París se desintegró.

EL SURREALISMO

El francés *surréalisme*, término que designa una tendencia artística, fue mal traducido al español en forma de *surrealismo*. El prefijo francés *sur-* corresponde al español *super-* o *sobre-*, y la traducción adecuada sería *superrealismo* o *sobrerrealismo*. Antonio Machado prefirió *suprerealismo*. La Real Academia admite que *superrealismo*, *sobrerrealismo* o *suprarrealismo* son formalmente los nombres más adecuados, pero que el nombre *surrealismo* se ha impuesto en todo el ámbito hispano y, por ello, es el más recomendable, lo que también vale para el adjetivo *surrealista*, frente a *sobrerrealista*, *superrealista* y *suprarrealista*.

«Surrealismo. Del francés *surréalisme*, designa el movimiento artístico y literario surgido en Francia a comienzos del siglo xx y caracterizado por dar primacía al inconsciente y a lo irracional. La palabra francesa está formada con el prefijo *sur-*, cuyos equivalentes en español son los prefijos *sobre-*, *super-* o *supra-*; de ahí otros nombres como *sobrerrealismo*, *superrealismo* o *suprarrealismo*, que, aunque formalmente más adecuados, no han conseguido desplazar a *surrealismo*, denominación que se ha impuesto con claridad en todo el ámbito hispánico y resulta, por ello, la más recomendable. Lo mismo ocurre con *surrealista*, frente a las alternativas *sobrerrealista*, *superrealista* y *suprarrealista*.» [RAE: *Diccionario panhispánico de dudas*. Madrid: Santillana, 2005, p. 621]

De “una costilla del dadaísmo” surge en Francia el Surrealismo. En España surgió de los movimientos anteriores hacia 1925 y alcanza su punto culminante hacia 1928.

Los movimientos anteriores buscaban una perfección técnica, una pureza estética y odiaban lo sentimental –tendencia esta que compartían con las artes plásticas del cubismo, etc. La falta de emoción humana y la frialdad intelectual es el resultado.

El surrealismo da un cambio de rumbo. Ahora se busca el “automatismo síquico puro”, la asociación libre de ideas o imágenes, fuera totalmente de la lógica, de la razón. La influencia del psicoanálisis y la “asociación libre” como técnica terapéutica es patente. Se atiende solamente a la presentación del “mundo subconsciente”, de ahí la incoherencia irracional de las relaciones metafóricas, la importancia que adquieren los elementos oníricos y el tono turbulento y angustioso de las alucinadas visiones.

Se da mucha importancia al sueño, que Freud postulaba como la ‘vía regia’ para conocer la estructura síquica de los pacientes. Para los surrealistas, el sueño es una fuente de inspiración poética. El poeta trabaja durante la etapa del sueño. El misterio de toda creación está en las fuerzas inconscientes de la persona creadora. Para los surrealistas, el sueño y la realidad no son contradictorios, sino que se deben fusionar y dar así una “superrealidad”. De ahí que en España se diera a este movimiento el nombre de superrealismo. Los surrealistas o superrealistas rechazan toda actividad consciente y lógica y buscan la expresión de lo irracional, de las fuerzas elementales del alma humana.

El primer poeta español que escribió poesías surrealistas fue Rafael Alberti (1902-1999) en *Sobre los ángeles* (1930). Vicente Aleixandre (1898-1984), Federico García Lorca (1898-1936) y Gerardo Diego (1896-1987) pertenecieron a este movimiento poco tiempo.

Destacan, por su clara filiación surrealista:

- José María Hinojosa (1904-1936)
- *La flor de California* (1926)
- *La sangre en libertad* (1931)
- Rafael Alberti (1902-1999)
- *Sobre los ángeles* (1929)
- Luis Cernuda (1902-1963)
- *Los placeres prohibidos* (1931)
- Federico García Lorca (1898-1936)
- *Poeta en Nueva York* (1929-1930)

Esta obra de Lorca, así como sus piezas teatrales *El público* y *Comedia sin título*, y el guion cinematográfico *Viaje a la luna*, revelan una afinidad con las búsquedas estéticas de Luis Buñuel y de Salvador Dalí, cuyos cortometrajes *Un chien andalou* (*Un perro andaluz*) y *L'âge d'or* (*La edad*

de oro), con guion sólo de Buñuel, son exponentes del surrealismo en el cine.

Con el surrealismo –originado en España como superrealismo independientemente del francés– la poesía ganó un nuevo contenido dramático, después de algunos años de “deshumanización del arte” (Ortega). El tono europeo y antitradicional de los primeros momentos fue sustituido por la integración de la mejor tradición española: Garcilaso de la Vega (1501-1536), San Juan de la Cruz (1542-1591), Francisco de Quevedo (1580-1645), Luis de Góngora y Argote (1561-1627) y Gustavo Adolfo Bécquer (1836-1870). Esta integración fue fruto de la nueva valoración de la tradición española llevada a cabo por los “poetas universitarios” (Pedro Salinas, Jorge Guillén, Dámaso Alonso y Gerardo Diego).

LA EVOLUCIÓN POSTERIOR A LAS VANGUARDIAS

Pasado el movimiento iconoclasta del ultraísmo, hay una vuelta a los cauces tradicionales: “Esta generación no se alza contra nadie ni contra nada, ni en lo político ni en lo literario” (Dámaso Alonso), a diferencia del modernismo y del 98. Se admira a los valores y maestros anteriores y a los grandes valores de la lírica nacional, pero se evoluciona manteniendo ciertos valores ultraístas:

Libre uso de la metáfora, uno de los elementos capitales del poema.

Estilización poética de la realidad.

Substitución de lo sentimental, decadente y noble del modernismo por un tono juvenil y optimista, a veces irónico, y escasamente emotivo.

Es el momento de la estilización de lo popular (Lorca y Alberti) y de la poesía pura (Salinas y Guillén). Ambas direcciones entroncan con aspectos de Juan Ramón Jiménez (1881-1958), quien es maestro común y admitido. La vuelta a lo popular no sólo afecta a los temas, sino también a la métrica. Lorca, por ejemplo, usará la copla tradicional popular y Alberti la del cancionero medieval.

AMBIENTE SOCIO-POLÍTICO DE LA GENERACIÓN DEL 27

La juventud de los miembros de esta generación coincide con una periodo notablemente sosegado y próspero de la vida española. La crisis universal del 1930 los marcará: Fracasada la ideología de la posguerra, la vida cobra un tinte acre y desagradable.

Los años que siguieron a la firma del Tratado de paz de Versalles (1919), tras la conclusión de la I Guerra Mundial, entre Alemania y las potencias aliadas, son los años de las literaturas de vanguardia. Por todas partes se busca la renovación y el afán de establecer la vida sobre bases más auténticas y razonables que los años anteriores.

La existencia europea cobre un signo de juventud. Lo "deportivo" se convierte en categoría moral y en elemento positivo de conducta. La máquina es aceptada como instrumento útil y positivo. El triunfo de la revolución rusa (1917) populariza el socialismo. Doctrinas individualistas se mezclan con doctrinas colectivistas. El arte busca fórmulas antiburguesas, ensayando todo sin miedo a la extravagancia o al absurdo. Se busca que la cultura penetra las capas más bajas y populares de la sociedad, surge el amor por lo popular.

En los años treinta aparecen las primeras tendencias negativas. En Francia la reacción antiintelectualista contra el cubismo es el surrealismo. En Alemania, en 1927, Martín Heidegger publica *Ser y Tiempo*, que más tarde dará pie al movimiento existencialista. La bolsa de Nueva York se hunde. La crisis económica mundial descubre la falsedad de las bases materiales del periodo.

España había vivido la I Guerra Mundial (1914-1918) desde afuera. Por eso no considera necesaria la transformación del mundo; acepta la riqueza, la técnica, pero no sus consecuencias sociales y culturales. Acepta el automóvil, pero no el tractor. Como con el modernismo, es ahora también un hispanoamericano el que introduce en España los nuevos movimientos vanguardistas: Vicente Huidobro Fernández (1893-1948). Unos -ismos se suceden a otros.

Hasta que, a la mitad de la década, la poesía cobra identidad propia con un grupo de poetas, oriundos casi todos de la burguesía y con formación universitaria. Se encuentran entre estos poetas muchos profesores y eruditos, que rehabilitan la tradición española clásica y a autores clásicos poco apreciados hasta entonces. Hay una recaída unánime en formas clásicas tradicionales, con la incorporación del popularismo a la poesía culta.

Una de las características generacionales del 27 es una casi general indiferencia por los temas vivos, ausencia de narradores y dramaturgos, si exceptuamos a García Lorca. Esto explica la impopularidad de la obra lírica (el caso de Lorca fue tardío).

Esta generación comienza proclamándose minoritaria. El rechazo de todo sentimentalismo fue debido a la exageración de lo curso de los modernistas. La asepsia sentimental duró solamente unos años, pues todos estos autores evolucionaron hacia formas más humanas de la lírica. Los años de 1931 (comienzo de la II República) hasta 1936 (comienzo de la Guerra Civil) liquidan la vanguardia literaria. Los supervivientes mostrarán más autenticidad en el arte.

Los miembros de la Generación de 1927 se pueden dividir en dos grupos:

Los poetas con formación universitaria: Pedro Salinas, Jorge Guillén, Dámaso Alonso y Gerardo Diego.

El grupo andaluz: García Lorca, Rafael Alberti, Vicente Aleixandre y Luis Cernuda.

Dramaturgos: García Lorca y Alejandro Casona.

Poéticamente, se pueden distinguir tres etapas en la poesía de la Generación del 27:

PRIMERA ETAPA

Etapa de tanteo, en la que conviven las influencias del romanticismo con las de la vanguardia, especialmente el Ultraísmo de Gómez de la Serna y el Creacionismo de Vicente Huidobro y Gerardo Diego. Lectura de los clásicos españoles, admirados y asimilados por toda la generación.

SEGUNDA ETAPA

La celebración en 1927 del tricentenario gongorino es la culminación de todo lo anterior, tanto del vanguardismo español como del amor por los clásicos, así como de la rebeldía romántica que los lleva a oponerse, tanto a la frivolidad un tanto huera de la vanguardia, como a los últimos restos del realismo decimonónico. Sin embargo, esta etapa esteticista no durará mucho.

TERCERA ETAPA

La situación mundial y española, unida al impacto que causó el surrealismo con su rechazo de la pureza poética, llevarán a los poetas una "rehumanización" de la poesía que en algunos casos (Alberti y Altolaguirre sobre todo) se traducirá en un auténtico compromiso político.

Características de la Generación del 27

Admiración por la obra poética de Juan Ramón Jiménez, no considerado como maestro, pero sí como ejemplo digno de interés.

Seguimiento de las vanguardias de moda en esos años.

A la búsqueda de un lenguaje culto inspirado en los clásicos y en las formas de la lírica popular: Romancero, Cancionero, etc.

La Generación del 27 y su producción literaria es considerada como la Nueva Edad de Oro de la lírica española.

AMBIENTE INTELECTUAL EN EL SIGLO XX ESPAÑOL

Al comienzo del siglo XX dominaban aún en las cátedras los neokantianos, con su filosofía harto académica, sin relación con la vida del gran público. Como reacción a este academicismo, recluido en las grandes aulas, surge el movimiento de la filosofía de la vida, que no fue pura moda.

Pero la filosofía de la vida, por su carácter polifacético, también hizo cada vez más problemático y oscuro el verdadero sentido de la vida. Los filósofos de la vida aborrecían el pensamiento mecanicista, esquematizante, matemático, racionalista y estático que había surgido en la edad moderna

y que Kant había consolidado. En oposición a esta filosofía académica la filosofía de la vida pone de relieve el valor de lo irracional, lo singular, lo interior, lo anímico, lo visceral y lo dinámico.

«Los dos pensadores que han suscitado en grado máximo y que mayor influjo ejercieron sobre las mentes de principios de siglo son Brentano y Dilthey. El primero –heredero de la teología tomista– pide a la filosofía evidencias estrictas. El segundo –hijo de la teología pietista de Schleiermacher– le pide vivencias filosóficas. Mientras que en el primero se acusan vigorosas la idea aristotélica del ser como cosa y la idea cartesiana de la evidencia racional, reclama el segundo la irreductibilidad del ser de la vida y la originalidad de la intelección histórica. Indudablemente, estamos en un grave punto de inflexión de la trayectoria de la filosofía. En él se dejan divisar nuevas posibilidades. Ortega se apresta a conformar el producto maduro de sus meditaciones.» [Zubiri, Xavier: *Sobre el problema de la filosofía y otros escritos (1932-1944)*. Madrid: Alianza Editorial, 2002, p. 270]

Después de reduccionismo filosófico de las corrientes neokantianas y del torbellino impetuoso de la filosofía de la vida, en el siglo XX comienza a surtir efecto la renovación de la metafísica iniciada por el filósofo, psicólogo y sacerdote secularizado alemán Franz Brentano (1838-1917), a finales del siglo XIX y primeros del XX, con la tesis de la intencionalidad como rasgo característico de los fenómenos psicológicos (a diferencia de los fenómenos físicos), dando lugar a la llamada “escuela de Brentano”: numeroso grupo de intelectuales que recibieron el influjo de Franz Brentano y que dan lugar a nuevas escuelas, entre los que se encuentra, sobre todo, el filósofo y matemático alemán Edmund Husserl (1859-1938), fundador de la fenomenología trascendental y, a través de ella, del movimiento fenomenológico, uno de los movimientos filosóficos más influyentes del siglo XX. De fenomenología de Husserl partieron otros pensadores, que ampliaron la fenomenología con nuevas ideas, distanciándose en algún momento del carácter trascendental que Husserl dio al final a su fenomenología: Max Scheler, Martin Heidegger, Jean-Paul Sartre, Maurice Merleau-Ponty, Paul Ricoeur, y en España José Ortega y Gasset, Xavier Zubiri. El influjo de la fenomenología llegaría más tarde hasta Jacques Lacan y el deconstructivismo de Jacques Derrida.

Cuando no circulaba por Europa más que un corto número de ejemplares del libro de Franz Brentano “De la multiplicidad de significados del ente según Aristóteles” – *Von der mannigfachen Bedeutung des Seienden nach Aristoteles* (1862), acerca de los muchos sentidos del término *ser* en Aristóteles, Ortega y Gasset llamó la atención sobre este punto como uno de los temas centrales de la filosofía.

En cuanto a la recepción de la fenomenología de Husserl, a Ortega jamás le satisfizo como posición última la fenomenología de Husserl. “Ortega ha enseñado a preferir siempre un átomo de verdad, por tosca que sea, a la finura irresponsable de una búsqueda sin término” (X. Zubiri).

La filosofía española en el primer tercio del siglo XX está condicionada por la pervivencia de la filosofía y el espíritu krausista del siglo XIX y la voluntad de superar la estrechez dogmática y estilo sombrío del primitivo krausismo europeizando la cultura española.

La voluntad de europeización lleva a la reflexión sobre la propia historia patria, en el momento de su derrota como potencia colonial y produce el movimiento intelectual y espiritual de la llamada generación de 1898, o "generación del 98", año que pone fin al imperio colonial español.

Esta generación cultivará el ensayismo literario-filosófico, suelto y elegante, como superación del hermetismo doctrinal y oscurantista del lenguaje de los filósofos krausistas. El ensayismo se impone como cauce del pensamiento filosófico en todo este periodo.

«Recordemos que, hacia 1910, existen en toda Europa dos grandes actitudes ante la vida. La una, que proviene ante todo de Nietzsche, pero también de Dilthey, de Bergson y de Klages, trata de afirmar la vida como fuerza todopoderosa que todo lo penetra. Sus poetas son, como subraya Bollnow, Hermann Hesse en su juventud y, sobre todo, Hoffmannsthal y Stefan Georg. Yo agregaría a estos el fino miniaturista que fue el vienés Peter Altenberg.

Por otro lado, comienza a afirmarse, bajo la influencia de Kierkegaard, la gran corriente que considera que la existencia es insegura, incierta, trágica; que el hombre está en medio de ella desamparado, solo; que junto a la fuerza omnipresente de la vida concierne al ser humano la realidad inexorable de la muerte.

Esta corriente, que alcanza su punto culminante en Heidegger y en Jaspers, y llega en sus derivaciones francesas a Sartre, Camus, Gabriel Marcel, etc., tiene en el arte sus figuras cumbres en Kafka y en Rilke.

Entre nosotros, la primera de estas actitudes ha sido representada por Ortega y Gasset; la segunda, por Miguel de Unamuno.» [Rof Carballo, Juan: *Entre el silencio y la palabra*. Madrid: Aguilar, 1960, p. 98-99]

Pero los pensadores españoles del siglo XX no se los puede adscribir a ninguna de las corrientes europeas, a ninguna corriente de etiqueta homologada. Se ha intentado adscribir a Unamuno al existencialismo y a Ortega como heredero de Dilthey y Bergson.

Aunque Miguel de Unamuno (1864-1936) vio en Kierkegaard una especie de hermano, la obra de Unamuno se centra en lo que pide el corazón: la necesidad de creer en la resurrección individual cristiana, y la imposibilidad de creer sin renunciar a la razón. Es la agonía entre el corazón y la cabeza, entre la fe y la razón.

José Ortega y Gasset (1883-1955), por otro lado, creó una filosofía no sistemática, el raciovitalismo, para combatir el idealismo krausista y el neokantismo en el que se había formado en Alemania. Ortega intentó poner la cultura española a la altura de Europa, situarla a la altura de la historia,

con su editorial Revista de Occidente y la traducción de las obras más importantes de la filosofía europea del momento. Su atractivo estilo (“la claridad es la cortesía del filósofo”) determinó la mentalidad cultural española durante varias décadas.

La filosofía no ha gozado de gran continuidad a lo largo de su historia. Tras su nacimiento en Grecia, no ha tenido un desarrollo lineal, pero se pueden señalar los grandes momentos o picos de su evolución: la Grecia clásica, la escolástica del siglo XIII, el racionalismo moderno del siglo XVII, el idealismo alemán, el positivismo del siglo XIX y el impulso que dio la fenomenología a la recuperación de la metafísica a principios del siglo XX.

Cabe contemplar la historia de la filosofía española del siglo XX como una sucesión de distintas generaciones en las que hay un evidente y continuado progreso:

La generación del 98, representada por Miguel de Unamuno, último representante de la filosofía moderna en España.

La generación de 1914, representada por José Ortega y Gasset, filósofo por antonomasia de esta generación e iniciador de lo que se puede llamar filosofía española contemporánea. La generación del 1927 en la que se sitúa Xavier Zubiri, máxima cabeza filosófica de esta generación y en quien la filosofía española llega a su plena madurez.

Se suele dar como comienzo de la época contemporánea en general la fecha de la Revolución Francesa (1789). La filosofía contemporánea, sin embargo, no comenzaría antes de 1831, fecha de la muerte de Hegel. Se habló también del comienzo de la filosofía contemporánea con la aparición de los que Paul Ricœur (1913-2005) llamó los tres “maestros de la sospecha”: Karl Marx, Friedrich Nietzsche y Sigmund Freud. Pero para muchos la filosofía contemporánea no surge hasta comienzos del siglo XX, con la recuperación de la metafísica que impulsó la fenomenología de Edmund Husserl.

«En 1913 escribí mi primer libro, titulado *Meditaciones del Quijote*, en él se iba a ver cuál era la reacción de mi espontaneidad a lo recibido en Alemania, que era, en lo esencial, neokantismo, idealismo. Por otra parte, 1913 es una fecha importante en la evolución del pensamiento alemán. En ella hace explosión pública la fenomenología con motivo de publicarse el primer *Jahrbuch der Phänomenologie*, donde aparecieron juntas nada menos que las *Ideas* de Husserl y la *Ética* de Scheler.» [Ortega y Gasset: “Prólogo para alemanes” (1958), en *Obras completas*. Madrid, 1962, t. VIII, p. 43]

El comienzo de la filosofía española contemporánea puede datarse hacia el 1910, cuando Ortega y Gasset accede a la Cátedra de Metafísica de la Universidad de Madrid. Su nuevo estilo y actitud ante la filosofía era completamente distinto al del siglo XIX:

«Para muchos, Ortega fue durante unos cuantos lustros el resonador que ha dejado oír en España la voz de todas las inteligencias fecundas de Europa. España debe a Ortega, en primer término, la incorporación viviente

de lo más noble y exquisitamente intelectual que se ha producido durante este tiempo fuera de la Península. Y a su aula acudieron muchos ávidos de “ponerse al día”.

Mucho más importante que esta función resonadora ha sido su función propulsora. Sin restar a nadie lo que en estricta justicia le corresponde, Ortega ha sido el gran propulsor de la filosofía en España. No solo ha importado filosofías: ha creado en España un ámbito propio para la filosofía y un ambiente donde poder filosofar con libertad. La creación de un ambiente filosófico no se logra más que filosofando, y Ortega filosofó efectivamente. Durante el siglo pasado, la llamada filosofía española había sido en gran parte cosa de secta y de partidos. En este sentido, la actuación de Ortega ha sido liberadora. No fue filosofía ni de izquierdas ni de derechas. Fue filosofía “simpliciter” [...]

Pocos de los que anotaron egoísticamente las cosas que a Ortega oían las convirtieron seriamente en cuestión intelectual. Ortega ha creado en los que tuvieron contacto con él una sensibilidad filosófica especial. Los unos tal vez despertaron con él a la filosofía; los otros afinaron en él su sentido; todos los que fueron capaces para la filosofía aprendieron a su lado a sentirla de nuevo modo. Como sensibilizador filosófico, Ortega ha sido y es ejemplar.» [Zubiri, Xavier: *Sobre el problema de la filosofía y otros escritos (1932-1944)*. Madrid: Alianza Editorial, 2002, p. 266-267]

EL MODERNISMO TEOLÓGICO Y LA CRÍTICA DE LOS DOGMAS

Modernismo, en teología y filosofía, es un término utilizado para designar el intento de reinterpretar la doctrina cristiana en los términos del pensamiento científico del siglo XIX y las nuevas tendencias filosóficas, los nuevos descubrimientos históricos, filológicos y científicos.

El modernismo religioso vivió sus años de más intensa polémica en la última década del siglo XIX y la primera del XX, y su momento culminante hay que fecharlo en el año 1907, en el que este movimiento fue condenado en bloque y llamado *modernismo* por el Papa Pío X en 1907.

El modernismo religioso fue un fenómeno cultural de vastas dimensiones, aunque permaneció como un fenómeno de élites intelectuales y, al comienzo, hasta los nuevos teólogos padecieron con esta situación. Les faltaba un movimiento de masas que permitiese la difusión masiva de las nuevas ideas.

En la historia del catolicismo el término modernismo teológico se refiere a la tendencia en un cierto pensamiento católico a considerar a la Iglesia y a sus dogmas como instituciones humanas, portadoras de rasgos debidos a su contexto histórico, y no menos necesitadas que otras de ser revisadas y reformadas.

El modernismo religioso tuvo sus orígenes en la filosofía neokantiana alemana y en la teología liberal de protestantes como Friedrich

Schleiermacher (1784-1834), David F. Strauss (1808-1874), Albrecht Ritschl (1822-1889) y Adolf Harnack (1851-1930).

El iniciador del modernismo fue el teólogo francés Alfred Loisy (1857-1940), el más conocido y radical de los modernistas, que influido por la crítica bíblica racionalista del escriturista protestante del alemán Adolf von Harnack (1851-1930), *La esencia del cristianismo* (1902), publicó poco después *El Evangelio y la Iglesia*, que tuvo gran eco en el mundo católico.

Adolf von Harnack (1851-1930) fue un teólogo luterano alemán y un organizador de ciencias. Estudió históricamente y objetivamente la idea de la "helenización" del cristianismo. Autor de la Escuela liberal, contribuyó a la antigua búsqueda del Jesús histórico. De acuerdo con el espíritu racionalista-positivista de su época, pretendió conocer el evangelio original de Jesús mediante el método histórico-crítico: Los teólogos del siglo II cometieron el error de intentar racionalizar el evangelio de Jesús, el dogma sería "una construcción del espíritu griego sobre el suelo del evangelio". Para él, el Evangelio se reduce al anuncio de la llegada del Reino, la paternidad de Dios, la dignidad del ser humano y del mandamiento del amor. Cualquier otra afirmación tiene su origen en infiltraciones griegas.

A partir de Harnack, sus tesis ejercieron una gran influencia y extendieron la idea de la "helenización del cristianismo". A pesar de que hoy día los historiadores descartan con unanimidad su interpretación de la gnosis y el catolicismo, la idea fundamental de la helenización (esto es, que la Iglesia antigua habría impuesto una teoría filosófica sobre la praxis que se refleja en Biblia y que habría desarrollado a partir de ella su ortodoxia) goza de una amplia difusión y aceptación en diversas escuelas, desde la teología de la liberación hasta la teología del pluralismo religioso.

Alfred Loisy (1857-1940) se inspiró en Adolf Harnack, pero sin incurrir en sus radicalismos. "Jesús anunció la venida del Reino de Dios y lo que vino fue la Iglesia". Loisy cree en la evolución de los dogmas, las instituciones, ritos y sacramentos de la Iglesia; relativiza los dogmas, concebidos como símbolos más que como expresión de realidades objetivas. El objetivo de su libro era liberar al catolicismo de una tutela rígida y anacrónica, y afirmar la independencia de la crítica bíblica y de la investigación teológica.

En *Los evangelios sinópticos* –su obra más controvertida– a partir de la crítica textual racionalista y del protestantismo liberal realiza una exégesis del texto evangélico que los presenta como una creación de la Iglesia cristiana primitiva. Hace ver la intervención no poco importante de los redactores que han eliminado, completado y organizado el material disponible a partir de fuentes escritas y orales.

Loisy niega la historicidad de los relatos sobre la pasión y la resurrección de Jesús de Nazaret y que éste tuviera intención de fundar una Iglesia. Jesús solo quiso anunciar la Buena Nueva. Subraya el género literario de los evangelios: no son obras de historia, sino testimonios y expresiones de la

fe de los primeros discípulos, que intentan expresar unos datos reales y su experiencia religiosa. Poco después, el jesuita irlandés Tyrrell, el segundo creador del modernismo, expresaba de forma paralela las principales tesis del modernismo en teología fundamental y en filosofía.

Jorge Tyrrell (1861-1909), que provenía del protestantismo, volvía de este modo a sus orígenes. Pretendía justificar al modernismo como síntesis entre las verdades de la fe y las conclusiones de la ciencia moderna. Publicó en 1902-1903 sus primeros libros modernistas "contra la autoridad despótica de Roma".

Entre finales del siglo XIX y principios del XX se comenzó a intentar una adaptación del dogma católico al espíritu racionalista de los tiempos, a interpretar el dogma con los adelantos de la ciencia, a negar el valor objetivo de las creencias tradicionales y a considerar determinados dogmas de la Iglesia como simbólicos más que como verdades literales. Para los modernistas la razón humana solo tiene acceso al mundo de los fenómenos y no puede alcanzar a Dios a través de las criaturas. Dios no puede ser objeto de ciencia ni una persona histórica. La ciencia debe ser atea y limitarse a los fenómenos.

El modernismo teológico niega la inspiración literaria de la Biblia y la historicidad del Jesucristo de los Evangelios. Insiste en comportamientos éticos y morales, más que en la adhesión a credos formalizados y sistemáticos, como esencia de la vida cristiana. La religión es una forma de vida y su explicación hay que buscarla en el individuo. Los dogmas y las doctrinas teológicas son fórmulas para facilitar al creyente los medios que necesita para tomar conciencia de su fe. Son signos inadecuados a su objeto, que solemos llamar símbolos que para el creyente son meros vehículos.

Joseph Ernest Renan (1823-1892), filólogo, filósofo e historiador francés, siguió la corriente de la Escuela Liberal y contribuyó a la búsqueda del Jesús histórico con su obra *La vie de Jésus* (París, 1863). Autor de una Historia del pueblo de Israel y una Historia de los orígenes del cristianismo.

La publicación de *El origen de las especies* por Darwin en 1859 ofreció la perspectiva de alcanzar una explicación naturalista del origen del hombre y sus atributos, convirtiendo también en esto a Dios en una hipótesis innecesaria.

«Para Kant, la fe es realmente la adhesión racional de la mente a los postulados de la razón práctica. La voluntad es libre de aceptar o rechazar la ley moral; y es a cuenta de esta opción que él llama a su aceptación "creencia". Una vez aceptada, la razón no puede sino admitir la existencia de Dios, la libertad y la inmortalidad.

La fe modernista, por otra parte, es una cuestión de sentimiento, una tentativa de uno mismo hacia lo Incognoscible y no puede ser científicamente justificada por la razón. En el sistema de Kant, los dogmas

y la entera armazón positiva de la religión son necesarios solo para la infancia de la humanidad o para el pueblo común. Son símbolos que guardan cierta analogía a las imágenes y a las comparaciones. Sirven para inculcar esos preceptos morales que para Kant constituyen la religión.

Los símbolos modernistas, aunque mudables y huidizos, corresponden a la ley de la naturaleza humana. Generalmente hablando, ayudan a excitar y nutrir el sentimiento religioso efectivo que Kant (quién lo conocía de su lectura de los pietistas) llama *Schwärmerei*.

Kant, como racionalista, rechaza la religión sobrenatural y la oración. Los modernistas consideran la religión natural como una abstracción inútil; para ellos es la oración la que constituye la esencia misma de la religión. Sería más correcto decir que el modernismo es un hijo de Schleiermacher (1768-1834), quien pensó que debía algo a la filosofía de Kant, aunque construyó su propio sistema teológico.

Schleiermacher concibe el plan modernista de reformar la religión con el punto de vista de conciliarla con la ciencia. Así establecería una *entente cordiale* entre los diversos cultos e incluso entre la religión y algún tipo de sentimentalismo religioso que, sin reconocer a Dios, sin embargo, tiende hacia el Bien y el Infinito.

Como los modernistas, sueña con una nueva apologética religiosa; quiere ser cristiano; se declara independiente de toda filosofía; rechaza la religión natural como una pura abstracción y deriva el dogma de la experiencia religiosa.» [*Enciclopedia Católica*, 1907]

MODERNISMO RELIGIOSO Y MODERNISMO LITERARIO

Modernismo religioso y modernismo literario son conceptos que descansan sobre el adjetivo "lo moderno", que se puede aplicar a cualquier realidad cambiante con respecto a un pasado que empieza a verse obsoleto.

El término "modernismo" en literatura aparece por primera vez en 1890, en un texto de Rubén Darío acerca de Ricardo Palma y ése va a seguir siendo su único significado en los escritores hispánicos hasta la publicación de la encíclica *Pascendi* en 1907 por parte de Pío X, en la que condena la teología modernista, cuando el vocablo empieza a aplicarse también al modernismo religioso.

Los escritores de comienzos de siglo, entre 1900 y 1907, cuando hablaban de modernismo, sabían que, al lado de un modernismo literario, existía un modernismo religioso o espiritualista, propio del espíritu de la época, pero no lo asociaban con la teología del modernismo religioso propiamente dicho.

Aunque hay algunos rasgos paralelos entre los dos modernismos, el literario y el religioso o teológico: Ninguno de los dos llega a formar una escuela literaria o una escuela filosófica. Ambos son una suma de actitudes individuales dentro de las dos instituciones tradicionales: la literatura y la Iglesia. Pretenden más bien hacer una nueva lectura o interpretación de los

contenidos: del lenguaje en la literatura y de los dogmas en la Iglesia, para adaptarlos a los cambios sociales y culturales de su tiempo.

Ambos dan prioridad a la subjetividad o conciencia individual: la vivencia estética y la experiencia religiosa. En ambos encontramos la presencia del componente simbolista. En el modernismo literario, fruto de la herencia romántica, el simbolismo abre la posibilidad de acceder al ultramundo a partir de una lectura o interpretación inspirada de los signos intramundanos.

El modernismo religioso el simbolismo se retrotrae al nominalismo del filósofo, lógico, teólogo y fraile franciscano inglés, Guillermo de Ockham (1280-1349), que niega la realidad sustancial y referencial de los dogmas. Ya que los dogmas, al no tener consistencia metafísica y sólo una utilidad funcional, se acaban convirtiendo en símbolos que no revelan un mundo ultraterreno, sino que ocultan la vacuidad referencial de este.

Aunque lo cierto es que la visión analógica y continua del universo en que se sustenta esa concepción modernista está en el lado opuesto del naturalismo y el inmanentismo propios del modernismo religioso, negador de toda validez universal para una lectura alegórica y acientífica de lo real.

CRISIS RELIGIOSA EN UNAMUNO, ORTEGA Y ZUBIRI

*Cuando recuerdo la piedad sincera
con que en mi edad primera
entraba en nuestras viejas catedrales,
donde postrado ante la cruz de hinojos
alzaba a Dios mis ojos,
soñando en las venturas celestiales.
Hoy que mi frente atónito golpeo,
y con febril deseo
busco los restos de mi fe perdida,
por hallarla otra vez, radiante y bella
como en la edad aquella,
¡desgraciado de mí! diera la vida.*

[Gaspar Núñez de Arce (1830-1903): *Tristezas*]

Se observa a principio del siglo XX un cambio de actitud de algunos pensadores en materia religiosa, fruto del clima de perturbación espiritual de la época. Se mencionan como causas de la crisis factores políticos, sociales y económicos. Se atribuye esta inquietud espiritual, este renacimiento del irracionalismo y de la metafísica (conceptos no equivalentes) a una reacción de desengaño ante la realidad social e histórica. Hay un malestar ideológico que padece la burguesía ante la crisis moral y también material del liberalismo, y sobre todo es significativo del

recelo que experimenta frente a las ideologías proletarias. El positivismo científico es sustituido por movimientos de tendencia espiritualista.

El movimiento de crisis y renovación en el seno de la Iglesia católica generó una tendencia espiritualista que se denominaría "modernismo religioso o teológico", cuyas características son:

Voluntad de retorno a una Iglesia primitiva, evangélica, llena de inefables emociones y lejos todavía de los dogmas de la Iglesia. Rechazo de los dogmas y sus formulaciones intelectuales, y predominio de una "religión del corazón".

La idea subjetiva y evolutiva de la religión lleva a afirmar que todas sus manifestaciones son igualmente válidas. Quitándole al catolicismo su imposición doctrinal e intransigente, se lo puede considerar como una de tantas hipótesis sociales, religiosas, políticas, filosóficas y artísticas que luchan legítimamente en la vida espiritual de los pueblos civilizados. No hay dioses falsos. Actitud de tolerancia religiosa: intento de conciliar las corrientes modernas en el cristianismo, captando en ellas todo lo que haya de emoción religiosa.

La *Vida de Jesús*, de Ernest Renan, reduce la figura de Cristo a sus dimensiones humanas, lo que lleva en el modernismo a la pérdida de la fe tradicional en Jesús como Hijo de Dios y Salvador. Esta pérdida de la fe deja un vacío espiritual difícil de llenar con un sentimiento tan fuerte como el de la "fe de la infancia", lo que lleva a la duda y al "sentimiento agónico" en Unamuno: la cabeza piensa una cosa y el corazón siente y pide otra; sentir pesimismo y pensar optimismo lleva a la "agonía del cristianismo".

El intento de conciliar el mundo de las realidades trascendentes y espirituales con las leyes del mundo físico conduce a un callejón sin salida. Se buscan, pues, salidas potenciando ya sea la creación artística, ya sea el mundo de los sentimientos.

Miguel de Unamuno, José Ortega y Gasset y Xavier Zubiri, los tres son hijos de madres de acrisolada fe: en el caso de Unamuno, la madre es viuda; en el caso de Ortega, la madre era ferviente católica, pero el padre liberal; en el caso de Zubiri, la madre era ferviente católica y era secundada por el padre; de modo que Zubiri sufrió la presión materna y paterna que lo empujó al sacerdocio sin tener vocación, como él confesaría más tarde.

Ortega y Gasset leyó y comentó con admiración *Il Santo* de Fogazzaro en 1908: "Yo debo gratitud a este libro; leyéndolo he sentido lo que mucho hace no había podido gustar: la emoción católica. Ha reanimado algunas cenizas que acaso quedaban ocultas en las rendijas de mi hogar espiritual. No han llegado a dar fuego mis cenizas místicas; probablemente no lo darán nunca".

Los años que pasó Ortega (hasta los catorce) en el Colegio del Palo, bajo las enseñanzas de los jesuitas, no fomentó en él la fe religiosa en la que había sido criado, más bien significó su despertar intelectual y la conciencia

de que las ideas religiosas allí recibidas no eran consistentes ni estaban bien fundamentadas. Algunos creen que Ortega renunció a volver a estudiar en el Colegio del Palo tras haber sufrido una crisis religiosa. Lo que parece es que Ortega no necesitó ninguna "crisis religiosa" para distanciarse de las ideas religiosas recibidas desde su infancia; simplemente fue elaborando su propia concepción personal de lo religioso y en sus primeros escritos no hay huella de la pérdida de la fe de la infancia como algo traumático. Aunque Julián María sostiene que: «Desde muy pronto Ortega perdió la fe católica en que había sido criado. En rigor, aparece públicamente sin ella, en sus escritos juveniles en 1902, a los diecinueve años.» [Julián Marías: *Ortega: Circunstancia y vocación*. Madrid, 1973, vol. I, p. 127]

La actitud de Unamuno ante el modernismo teológico fue ambivalente: junto a momentos de auténtico fervor, tuvo otros de claro rechazo.

Durante la década de los años veinte Xavier Zubiri sufre una profundísima crisis religiosa, por influjo de la teología liberal y neokantiana alemana y el modernismo francés, además de la crítica al cristianismo de Federico Nietzsche. Es una crisis similar a la que sufrió Unamuno entre 1875 y 1897. Pero Ortega y Zubiri, que beben de las mismas fuentes y sufren la influencia del protestantismo liberal y del humanitarismo agnóstico, reaccionan de forma muy diferente a la de Miguel de Unamuno.

La Constitución de 1876 en España no contemplaba la libertad religiosa, lo que generó un movimiento anticlerical movido por el ideal separatista de romper la alianza entre la monarquía y la Iglesia católica que no garantizaba la libertad y pervertía la verdadera naturaleza de la religión. Este movimiento fue el que protagonizó la apertura hacia otras religiones (protestantismo, judaísmo) y fomentó la recepción en España del modernismo religioso o teológico.

La Iglesia estaba dominada por sus componentes tradicionalistas que rechazaban toda propuesta de concordia entre catolicismo y modernidad, de modo que apenas hay presencia en el interior de la Iglesia española de modernistas. El ambiente intelectual, sin embargo, estaba preparado para acoger las doctrinas modernistas provenientes de Europa: de Francia, con Loisy y Blondel y de Italia con Murri y Gogazzaro.

La primera recepción fue la de Loisy a través de Juan Ramón Jiménez y la traducción de *El Evangelio y la Iglesia* (1903), con cuatro ediciones hasta el 1922. El modernismo religioso buscaba la concordia con la modernidad y una religión basada en una idea de Dios espiritual, inmanente, más cercano a lo humano, tomando como experiencia moral al Cristo hombre. Juan Ramón Jiménez, Antonio Machado y Luis de Zulueta (*La oración del incrédulo*, 1915) son los exponentes más claros del modernismo dentro de la cultura institucionalista. Otros autores, como Ramiro de Maeztu, Pío Baroja, Benito Pérez Galdós y, sobre todo, Miguel de Unamuno también se afanaron en buscar una alternativa al positivismo decimonónico, dentro de la crisis intelectual de fin de siglo con la recepción del filósofo alemán Arthur

Schopenhauer (1788-1860), el máximo representante del pesimismo filosófico y de los primeros en manifestarse abiertamente como ateo, así como de Friedrich Nietzsche (1844-1900) y el irracionalismo germánico. La recepción de Nietzsche fue clara en Ortega y Gasset con su "raciovitalismo".

La cultura religiosa del krausismo, desde la década de los sesenta del siglo XIX hasta los años treinta del siglo XX, con la Segunda República, fomentó una idea racional de la religión, con la defensa de la compatibilidad y concordia entre la ciencia y la religión.

MIGUEL DE UNAMUNO – JOSÉ ORTEGA Y GASSET – XAVIER ZUBIRI

Tres reacciones a la crisis de la modernidad

«La experiencia de la crisis de la razón ilustrada se vive en Europa desde la obra de Nietzsche, quien había encontrado "el indicio de una quiebra (*Bruch*), del que todos hablan como el mal orgánico original de la cultura moderna, en el miedo de la razón a sus propias consecuencias", cuando ésta constata sus límites constitutivos y comienza a retroceder ante la tarea de fundar el todo de la cultura.

Curiosamente, y como primera afinidad entre sus filosofías, Unamuno, Ortega y Zubiri han partido de una profunda vivencia de esta crisis.

A través de la obra de estos tres pensadores, Miguel de Unamuno, José Ortega y Gasset y Xavier Zubiri, España se ha incorporado plenamente al pensamiento contemporáneo de una forma viva y creadora. Como en miniatura prodigiosa, y en el arco de treinta años, desde la raya de 1912-1914, en que aparecen los ensayos fundacionales del pensamiento español contemporáneo, *Del sentimiento trágico de la vida*, de Unamuno, y *Meditaciones del Quijote*, de Ortega, respectivamente, hasta 1944, fecha de *Naturaleza, Historia, Dios*, de Zubiri, España asume el legado filosófico de la modernidad y sienta las bases de una filosofía original autóctona. Ésta es la hazaña intelectual de estos pensadores.

Este intenso ciclo de pensamiento acierta a dibujar con trazos vigorosos tres paradigmas de filosofía –el trágico de Unamuno, el reflexivo de Ortega y el especulativo de Zubiri–, en brega creadora con tres nudos decisivos de la crisis interna de la modernidad.

Ortega ensaya su camino de pensamiento en réplica crítica a la propuesta unamuniana, contraponiendo dialéctica a tragedia, e invirtiendo así el camino con que Unamuno había desembocado en la tragedia a resultas de la quiebra de una razón raciocinante. Y, a su vez, con la misma interna necesidad, a Ortega replica Zubiri con la pretensión de superar desde dentro el límite antropológico de la metafísica de la razón vital.

En los tres casos se trata de filosofías de la vida, que pretenden responder a una crisis histórica de la razón, analizada en distintos escorzos, alumbrando así una nueva praxis. Hay una secreta conexión que enlaza, pese a sus diferencias, la idea unamuniana de existencia, la tesis orteguiana

de la vida como realidad radical y la zubiriana de la inteligencia en cuanto sentir originario, como tres respuestas alternativas al problema de la vida en un tiempo de necesidad.

Entre estos tres modelos no se da una progresión dialéctica, como si cada uno se levantara sobre las ruinas de su adversario, integrándolo en una concepción de más alto nivel.

Más que la superación dialéctica habría que aceptar aquí el esquema diltheyano de la disputa permanente entre plurales imágenes del mundo, que por la heterogeneidad radical de sus premisas y actitudes no se dejan reabsorber en una unidad superior.» [Cerezo Galán, Pedro: *Tres paradigmas del pensamiento español contemporáneo. trágico (Unamuno), reflexivo (Ortega) y especulativo (Zubiri)*. Pedro Cerezo Galán. Madrid, España: CSIC, 1998. Conferencia: ISEGORIA/19 (1998)]

[Impressum](#) | [Datenschutzerklärung und Cookies](#)

Copyright © [Hispanoteca](#) – 2022 – Alle Rechte vorbehalten